

## CAPITULO XCI.

### Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante.

**L**os enemigos de Colon no se intimidaron en presencia del triunfo con que el pueblo habia saludado su llegada.

Era Fonseca en extremo hábil, y profesaba demasiado rencor à su enemigo para que no buscase todos los medios de perderle.

Antes de partir los marinos que estaban à las órdenes de Colon en la costa de la Jamáica, anunció à todos por medio de Sagredo, que al regresar à España les abonaria los salarios que habian ganado desde su salida, salarios que por efecto de las circunstancias se habia visto en la imposibilidad de pagarles.

Aun à los mismos rebeldes habia hecho dicha promesa, porque despues de haberse sometido à él y de perdonarlos, los consideraba con iguales derechos.

Al obrar así contaba con sus legítimas ganancias.

Pero en Santo Domingo no habia conseguido que Ovando le entregase el dinero que le pertenecia; porque aunque los reyes habian dado órdenes terminantes para que lo hiciese, al enviarlas el Consejo de Indias al gobernador las habia acompañado de instrucciones secretas para que si en algun tiempo le hacian cargos por no haberlas cumplido, pudiese demostrar que se habian extraviado.

No era esta la intencion de la reina.

En vista de las cartas de Colon, mandó à Ovando que observase las capitulaciones establecidas entre los reyes y el almirante.

Como si esto no bastase, la reina misma dirigió una carta particular à Ovando recomendándole eficazmente que cumpliera aquella orden, censurando su conducta por haber negado socorro à la escuadra de Colon, y por haber consentido que se diesen à la vela las embarcaciones que naufragaron, sepultando en el abismo à Roldan, Bobadilla y otros muchos, al mismo tiempo que las inmensas riquezas que enviaba el gobernador à la corte.

Las nuevas cartas de Colon que llegaron à manos de la reina por conducto de Diego Mendez le indignaron tanto, que pidió à su esposo que destituyera à Ovando, y obtuvo la promesa del rey de que en efecto le destituiria.

Pero apenas comunicó este deseo à Fonseca, mostrándose dispuesto à obedecer, se atrevió el prelado à indiciar à su majestad que hasta entónces ningun gobernador habia enviado mayor cantidad de oro que él, y que en caso de reemplazarle, habia que renunciar à aquellas pingües ganancias.

Hablar de aquel modo à don Fernando, que en el último tercio de su vida se habia hecho avaro por el deseo de figurar y de eclipsar el esplendor de los otros monarcas de Europa, era aspirar à obtener de él que revocase la orden, ó por lo ménos que aplazase su cumplimiento.

Así fué.

La reina cayó enferma, y pretextando don Fernando que por entónces solo debia atender à su salud, le prohibió que se ocupase de los negocios del Estado, y dejó suspensa la orden.

Los marineros, pasada la primera alegría que produjo en aquellos el espectáculo de la madre patria, pensaron en sus intereses, y aguardaron con ánsia la llegada de Colon para

que les satisficiera sus soldadas, único premio que esperaban de aquella larga y penosa expedición.

Los secuaces de Soria buscaron á aquellos hombres, y en las conversaciones particulares, sin darse á conocer, procuraron despertar en ellos sospechas de que no serian remunerados.

No dieron crédito á estos temores, y esperaron la llegada del almirante.

Los primeros dias en que estuvo enfermo fueron dias de zozobra, de angustia para aquellos pobres hombres que ansiaban por momentos el premio de su trabajo.

Cuando se halló restablecido el augusto enfermo, su hermano Bartolomé le recordó la promesa que habia hecho á aquellos infelices.

Aquel recuerdo aumentó los pesares de Colon.

—Quiero verlos, le dijo.

El adelantado los convocó para el siguiente dia, y todos los que estaban en Sevilla penetraron en la estancia del enfermo.

—No os he olvidado, les dijo; pero los que debian tenerme presente me han olvidado. Mis esfuerzos para adquirir lo que me pertenece en Santo Domingo han sido inútiles. Aquí no cuento con recursos, pero he escrito á los reyes, y no dudo de que comprendiendo mi situacion, me facilitarán los recursos que necesito para cumplir con vosotros.

Estas palabras, aunque oidas con el mayor respeto por aquellos hombres, produjo una sensacion de pesar.

Esperaban salir de allí con los bolsillos llenos de oro, y tenian que contentarse con esperanzas.

La tristeza se pintaba en su semblante al salir del palacio de don Fernando de Toledo.

No deseaban otra cosa los enemigos de Colon.

Aquellos hombres podian servir á sus intentos, y Soria, que era el agente principal de Fonseca, se prometia explotar su disgusto en beneficio de su infame causa.

Mientras ellos murmuraban, Colon dirigia una carta á su hijo pidiéndole que se presentase al rey y le suplicase el pago de las cantidades que le debia el Tesoro.

Algunos párrafos de esta carta merecen ser conocidos.

«Nada recibo yo de la renta que se me debe, decia; vivo de prestado.

«Poco me han aprovechado veinte años de servicio con tantos trabajos y peligros, pues al presente no tengo techo propio que me cubra en España.

«Si deseo comer ó dormir, tengo que recurrir á una posada, ó vivir, como ahora, de la caridad de un magnate.»

Hablándole despues de la necesidad que tenia de abonar sus salarios á los marineros:

«Son pobres, le decia, y hace ya cerca de tres años que salieron de sus casas. Han arrostrado infinitos trabajos y peligros, y traen nuevas invaluable por las que sus majestades debian dar gracias á Dios y regocijarse.»

Los agentes de Soria, que procuraron trabar conversacion con los marineros, llegaron hasta el punto de ofrecer á algunos de ellos cantidades mucho mayores que las que probablemente no recibirian con tal de que testificasen que Colon habia observado para con ellos una conducta muy severa, y de que el descubrimiento de Veragoa no era tan importante como aquel suponía.

Con estas declaraciones, que Fonseca eleveria sigilosamente á manos del rey, sin comprometer á los marineros, podia influir en el ánimo del monarca para que, aprovechándose de lo enfermedad de la reina que era la verdadera protectora del almirante, retardase el cumplimiento de las promesas que

le habia hecho de restablecerle en sus honores y aplazase indefinidamente el pago de las cantidades que exigia Colon más para atender á las necesidades de sus servidores que á las suyas propias.

Esperó tres semanas la respuesta de su hijo, y al fin de este tiempo recibió una carta en la que Diego le daba á entender que no le habia sido posible informar á la reina de sus pretensiones por el lastimoso estado en que se hallaba, y que aunque se habia acercado al rey, solo habia podido comprender que haria muy poco ó nada en favor de sus justas reclamaciones, porque influian demasiado en él sus enemigos.

Casi al mismo tiempo recibió el almirante la noticia de que Francisco de Porras, á quien, como recordarán nuestros lectores, habia enviado Ovando para que fuese juzgado en España, habia sido puesto en libertad.

Informándose de los motivos que habian impulsado á sus jueces á absolverle, supo con indignacion que no habia formado sumaria alguna el gobernador de Santo Domingo, y que no habia hecho más que enviarle para que se presentase al Consejo de Indias, expusiese las causas que le habian impulsado á rebelarse, y se sometiese al fallo de sus jueces.

Francisco Porras era sobrino de Morales, el tesorero real, habia servido á Fonseca, y la influencia de estos dos poderosos señores dió por resultado su absolucion.

Indignado el almirante por aquel acto, que era atentatorio á su dignidad, quiso ponerse en camino para la corte, pero empezaba el invierno.

Era este más crudo que otros años, y todo hacia presumir que se agravaria su enfermedad de ponerse en camino.

Diego Mendez fué el designado por Colon para representarle en el Consejo de Indias.

Hallábase á la sazón en la corte Alonso Sanchez de Car-

vajal, uno de los más leales servidores de Colon, y dispuso que Mendez se avistase con él para que entre los dos fuesen los abogados de su honra.

El tiempo trascurrió, los recursos que esperaba Colon no llegaban, y la desesperacion de los marinos llegó al colmo.

Soria escribió á Fonseca:

«Me parece que muy en breve podré ofrecer á vuestra eminen-  
cia un testimonio firmado por todos los que han acompañado al almirante en su última expedicion, probando que las locas ilusiones que abrigaba han sido causa de todos los padecimientos que han sufrido, y demostrando que el descubrimiento de Veragoa es una calamidad más para la nacion.»

Despues de despachar á un emisario con esta noticia para Fonseca, hizo que su escudero Lope convocase en una hostería á la mayor parte de los marineros descontentos, para disponerlos á cumplir la palabra que habian dado á su jefe.